

## EL AMIGO DEL PUEBLO.



Quiero sacar, amigo Pueblo, á una gran parte de los individuos que te componen de un error crasísimo, en que vergonzosamente se hallan; porque siendo hombres de sana intencion y amantes de lo mejor, se han dexado seducir de otros sugetos artificiosos, que con sus sofismas y capciosidades les hacen odiar á los que sienten como ellos, piensan como ellos, y desean lo mejor como ellos. No lo dudes, yo mismo y otros varios hemos hablado largamente delante de muchos sobre las reformas que son indispensables en la nacion, sobre los abusos que nos dominaban, sobre la arbitrariedad, sobre el despotismo y sobre todas las demas *hidras*, que hásta ahora han perecido, y que han de perecer con el tiempo á manos del Congreso; y hemos visto coincidir á infinitos hombres sencillos con nuestro modo de pensar, alabar la Constitucion aun mas de lo que nosotros pudiéramos, conocer la necesidad absoluta de que el Congreso tome en su soberana consideracion las necesidades de unos eclesiásticos y la opulencia de otros, detestar de Godoy, de su ilimitado imperio, y de quantos medios y caminos le conduxeron al trono del poder que ocupaba en las Españas; en fin, hemos visto unos hombres, que se hallan á la altura de las ideas del Congreso, amantes del Gobierno, y decididos á defender la Constitucion á costa de su sangre y de su vida. Pero ¿qual te parece, amigo Pueblo, que ha sido la sorpresa de éstos al decirles que en esto consistia el ser un hombre *liberal*, y que ellos eran unos verdaderos *liberales*? ¿Yo liberal? decian; ¿yo negar la religion de Jesucristo, que he recibido de mis padres? ¿yo traydor á mi rey legítimo Fernando?

yo... En fin, los hombres, á manera de energúmenos, ni sabían lo que decían, ni había medio de hacerles oír la voz de la razon y de la verdad.

Se jactaban de *serviles*; pero su *servilismo* solo consistia en las voces; y faltos de luces y de conocimiento para distinguir y penetrar el verdadero significado de los términos, pretendían que *servilismo* decia lo mismo que *religiosidad*, *fidelidad*, *patrotismo verdadero*; y al tratar del *liberalismo*, era para ellos esta voz lo mismo que *iniquidad*, *sentina de vicios*, *traycion*, y otras mil de esta calaña. ; En tales fuentes habian bebido los infelices !

Ahora bien, voy á reproducir algunas reflexiones de las mas óbvias, y que mas contribuyeron á que los tales *serviles* en el nombre detestasen esta voz, y tomasen la que les competia y era propia en todo rigor, empezando por el *coco* que mas asusta á las gentes, y les causa mas terror y espanto, *la religion*; con el solo objeto de que muchos que se hallan en igual caso se desengañen; y no se paren en las solas voces, ni se dexen seducir.

La religion, decían, se va á perder. Bien, ; y por que? Porque se ha quitado la Inquisicion? No, respondian; pues antes de haber Inquisicion habia religion pura, limpia, y quizá mas respetada; se han devuelto á los obispos sus facultades y atribuciones primitivas; se ha declarado en la Conctitucion la religion de Jesucristo como la *única verdadera*, *protegida por leyes sabias*; la Constitucion respira por todas partes amor á la religion cristiana; y en fin, el Congreso y el Gobierno miran con la mayor atencion los puntos que pueden tener la mas remota conexion con la religion de nuestros padres. ; Será porque se trata de los diezmos, bienes de manos muertas, eclesiásticos regulares? Tampoco; porque los diezmos, suponiendo todo lo que quieren sus defensores, en quanto á derecho, &c. están malísimamente repartidos; pues no debe haber razon, ni justicia, ni derecho divino ni humano, para que un párroco trabaje dia y noche en la viña del Señor, se afane y fátigue en la enseñanza de la doctrina, en la administracion de sacramentos, en el cuidado de las costumbres de su feligresía, y que al fin de todos sus desvelos y fatigas tenga casi que mendigar su sustento sin poder mantener el decoro debido á un xefe

de la Iglesia; y esto interin que un prebendado, un canónigo, un dignidad ó un beneficiado *simple* (ó pícaro) expende pródigamente en mantener coches, criados, perros (ó aunque sea sus parientes) la substancia de los labradores, lo que éstos dan para el servicio del templo, el sustento material, que arrancan de la boca de sus hijos para sostener quien alimente su espíritu con la doctrina del Salvador.

¿Pues por que se pierde la religion? Porque se quitan las comunidades religiosas. Tampoco: lo primero, que nadie (que piense con juicio) ha pretendido que se arranquen de raiz tales corporaciones: lo segundo, que el Congreso soberano y el Gobierno jamas han intentado ejecutarlo, *porque si lo hubieran intentado, lo hubieran hecho*: lo tercero, que el reformarlas no es quitarlas, y están los mismos religiosos (hablo de los juiciosos) tan íntimamente persuadidos de la necesidad de la reforma, que ninguno la rehusa, y antes por el contrario muchos desean el momento de que se verifique, y se haga segun sus respectivas reglas y las máximas del evangelio: por último, el aplicar las quantiosas rentas y fincas que algunas comunidades tenían, contra el voto de *Pobreza*, á otros objetos de suma necesidad de la Patria, ni es quitar las religiones, ni lo resisten los individuos que al entrar en religion solo se propusieron *tomar su cruz para seguir á Jesucristo*. (Yo no entiendo de metafísicas; *tenemos el uso, pero no la propiedad*. ; Que filosofía!!!)

¿Por que, pues, se pierde la religion? Porque son impíos *los liberales*, y éstos van triunfando!!! ; Válganos Dios! ; que no hayamos de saber en qué consiste esta impiedad? ; No harian un gran servicio á Dios, á la religion, y á nuestras almas esos gritadores de la impiedad en deciraos en qué consistia ésta para evitarla? Nosotros pensamos como piensa el Congreso augusto compuesto de letrados y hombres legos, de eclesiásticos y seglares, de reverendos obispos y de militares valientes: pensamos como piensa el Soberano de la Nación, que no es un hombre solo á quien fascine la preocupacion ni el interes particular; es un cuerpo en donde todos tienen derecho de hablar, á quien todos podemos dirigir nuestras observaciones y descubrimientos, nuestros gritos y quejas; es un



cuerpo en donde se discuten las cosas hasta hallar la verdad; y hallada ésta, ¿quien se resiste á su fuerza?

Persuadidos de que nadie tira contra la religion, ni se pretende su ruina, sino antes bien su pureza y brillantez, recurren á la segunda arma del *servilismo*: *Los liberales no quieren á Fernando*. Veamos qué fundamentos tiene esta proposicion, y verémos tambien que nadie puede querer bien á Fernando si no es al mismo tiempo *liberal*.

Supongamos á Fernando un rey déspota, que con buena ó mala intencion reproduce los tiempos pasados y calamitosos de su padre; supongamos que se enseñoreó de su corazon otro válido que, mejor ó peor que Godoy, hizo á la nacion despojo de su avaricia, ó de su luxuria ó su ambicion; supongamos que volvemos á experimentar los males que veinte años hemos llorado sin poderlos remediar; el ódio de la nacion ¿sobre quien recaerá? ¿Hemos olvidado ya lo mucho bueno que nos prometíamos en los últimos años del reinado de Carlos III, luego que se verificase el advenimiento de su hijo al trono? La popularidad de María Luisa quando princesa, su apego á los madrileños, las prendas de que aparecia dotada ¿no tenian bastantemente llamado hácia su persona el amor de todos los españoles? ¿y con él no hubiera sido su reinado uno de los mas felices si hubiera tenido un camino cierto por donde marchar sin peligro de declinar á la izquierda ni á la derecha? Solo las desgracias y persecuciones, aun de sus mismos padres, que ha padecido nuestro amable Rey pueden darle mayor recomendacion para nosotros, y empeñarnos en su amor hasta lo sumo; pero por lo demas, no subió al trono Carlos IV menos amado de sus pueblos, ni nos prometíamos de su reinado menores bienes que los que se pueden esperar de otro qualquier monarca. Sin embargo, si hoy no detestamos abiertamente de su nombre, es solo porque estamos persuadidos de que los males que nos han sobrevenido no son hijos de su malicia y perversidad, sino solo de su bondad excesiva, y suma debilidad.

La Constitucion presenta este camino por donde marche nuestro amado rey Fernando sin peligro de tropezar, ni de declinar á un lado ni á otro: las doce restric-

ciones de la autoridad del rey , y las diez y seis atribuciones ó facultades que la Constitucion señala al monarca, serán como los cotos que en los malos pasos y sitios peligrosos indican al pasagero el verdadero camino, para que marche por él sin la exposicion de dar en un precipicio. ¿ Y se atreverá todavía á decir alguno, que los amantes de la Constitucion ó los *liberales no aman á Fernando?*

Verdad es que no le aman ni le quieren si un dia ha de ser el objeto de las exêcraciones de los pueblos; si un dia se ha de convertir en fastidio nuestro deseo; y en odio nuestro amor; si un dia llegase en que este ídolo de los españoles sea... Pero no; es imposible que Fernando sea jamas aborrecido de sus pueblos: él mismo, si mas tiempo hubiéramos disfrutado de su compañía, él mismo hubiera quizá proyectado lo que nosotros hemos hecho después: él, mejor que la reyna Dido, hubiera podido decir: *No ignorante de los males aprendo á socorrer á los infelices.*

No hay duda alguna; Fernando manifestó en los pocos dias que vivió entre nosotros, que quería lo mejor; y en medio de los cuidados que debian inspirarle 1500 bayonetas enemigas que se habian apoderado de lo mas florido de su España, y que traydora y vilmente habian ocupado las fortalezas, no dexó de poner sus ojos sobre mil objetos, que hubieran contribuido á hacer en parte la felicidad de los españoles. Éstos, reunidos legítimamente, han prevenido sus deseos; y al volver á ocupar aquél el trono de sus abuelos, libre de las cadenas de la esclavitud, tendrán la satisfaccion éstos de entregarle la carta sagrada, en donde está escrito y trazado el rumbo que debe seguir para evitar los escollos y baxíos que hicieron naufragar á su padre. Entónces veremos, sí, quién desea y procura, que no solo se ame á Fernando, sino que absolutamente no se pueda dexar de amarle, es mas amante de su monarca, que los que quieren y pretenden que, falto de guia y direccion, tropieze en los mismos escollos, y cayga en el ódio en que precipitó á su padre su despotismo y debilidad. Entónces se verá si son amantes de Fernando los amantes de la Constitucion, los enemigos del envejecido despotismo y

arbitrariedad, y los que quieren que su religion no tenga lunares, ni su rey defectos, ni su patria baxe la cabeza á ninguna nación del orbe.

*Un sabio historiador ingles (Mr. Robertson) creyó digna de transmitirse á la posteridad, por la elegancia y nobleza de estilo, la siguiente carta tomada de nuestro crónico Sandoval, y escrita por el inmortal patriota Padilla á la ciudad de Toledo poco antes de subir al cadahalso, sacrificado con los pobres comuneros por el bando servil.*

”A tí, corona de España, y luz de todo el mundo, desde los altos godos muy libertada. A tí, que por derramamiento de sangres extrañas como de las tuyas cobraste libertad para tí y para tus vecinas ciudades: tu legítimo hijo Juan de Padilla, te hago saber, como con la sangre de mi cuerpo se refrescan tus victorias antepasadas: si mi ventura no me dexó poner mis hechos entre tus nombradas hazañas, la culpa fué en mi mala dicha, y no en mi buena voluntad, la qual como á madre te requiero me recibas; pues Dios no me dió mas que perder por tí de lo que aventuré. Más me pesa de tu sentimiento, que de mi vida; pero mira que son veces de la fortuna, que jamas tienen sosiego. Solo voy con un consuelo muy alegre; que yo el menor de los tuyos muero por tí, é que tu has criado á tus pechos á quien podria tomar enmienda de mi agravio. Muchas lenguas habrá que mi muerte contarán, que aun yo no la sé aunque la tengo bien cerca: mi fin dará testimonio de mi deseo: mi ánima te encomiendo como patrona de la cristiandad: del cuerpo no digo nada, pues ya no es mio, ni puedo mas escribir, porque al punto que ésta acabo, tengo á la garganta el cuchillo con mas pasión de tu enojo, que temor de mi pena.”

Este fué el fin lastimoso del adalid de la libertad española, á quien sacrificaron traydoramente los tiranos. Lo mismo nos sucederá á nosotros si no alejamos de los empleos públicos y de los tribunales á los muchos ene-



migos de la Constitucion, y á los infinitos afrancesados y juramentados, que ahora quieren cohonestar su iniquidad publicando que son españoles y amigos de los ingleses. Ellos no pueden serlo de hombres libres: *solo su vientre es su Dios y su todo.*

*El Duende de los cafes, núm. 129.*

#### ARTÍCULO COMUNICADO.

*Señor Amigo del Pueblo,*

He leído el anuncio del Anti-curial inserto en el Periódico de vmd. número 37; y sin que sea visto prevenir su acreditado juicio, me tomo la libertad de contestarle por el mismo conducto, siempre que vmd. no reputé mi respuesta impropia de la consideracion, y respeto que se merece el Público, y de que vmd. es tan escrupuloso observador en todas sus producciones.

Digo, pues, que el señor Anti-curial no se lamentaría de la pérdida del uso ó exercicio de la facultad de dispensar en los impedimentos dirimentes del matrimonio si las autoridades españolas civil y eclesiástica se hubiesen penetrado de sus legítimos derechos. Pero siendo la propension de los que mandan extender sus prerogativas mas allá de lo justo, se advierte con sorpresa, que en este particular han desconocido las que con justa razon les pertenecen. Dos cosas debemos considerar en el matrimonio, que no pueden confundirse; á saber, el contrato civil, y el sacramento: ámbas tienen distinto origen, producen diversos efectos, y pertenecen en su direccion á diferentes autoridades. En lo civil nada tiene que ver la eclesiástica, ni en lo religioso la temporal. Hablo con derecho propio, porque no ignoro la práctica que hasta ahora se ha seguido. En los tiempos de la ignorancia se creyó que en este asunto debia haber lugar al derecho de atraccion, y que la Iglesia, que conocia del sacramento, debia por lo mismo conocer del contrato, cuya naturaleza, como menos noble, se refundia, segun decian, en lo que era principal. Por este motivo la Iglesia dió leyes, promulgó decretos, impuso penas, determinó todo lo concerniente á la naturaleza del contrato.

¿Y en que se fundaba? En una extraviada opinion. Así se creía, así se toleraba, nadie reclamó, y túvose por ley. ¿Pero esto podrá perjudicar de modo alguno á los derechos imprescriptibles de la Soberanía? ¿El contrato mas importante de quantos se celebran en la sociedad podrá substraerse de la inspección del príncipe? De ningún modo. Esto sería quitarle el medio mas seguro de procurar la paz interior, y tranquilidad de sus súbditos: objeto el mas precioso de sus atribuciones, y de que será responsable á los ojos de su Criador.

No por eso le falta campo á la autoridad eclesiástica en que exercer sus funciones: todo lo perteneciente al sacramento le corresponde exclusivamente. Así, si se disputa sobre la materia ó la forma del sacramento, la gracia que confiere, sus ministros, las ceremonias y disposiciones para recibirlo, y todo lo que sea de igual naturaleza, no puede definirse en otro tribunal que no sea el eclesiástico. Este es el establecido por Dios para tales controversias. Pero como los impedimentos se dicen impedientes del sacramento, y dirimentes del contrato, ya podrá conocer el señor Anti-curial dónde debería hallarse el ejercicio de cuya pérdida se lamenta. No se halla, es verdad, y esta es la causa de los desórdenes que se advierten, y que piden pronto remedio. ¿Es posible que un decreto solo de la Curia romana haya de entorpecer todos nuestros matrimonios entre parientes? ¿La conducta obscura del ingrato Nuncio nos ha de producir tan fatales consecuencias? Aun supuesta la actual disciplina de la Iglesia, ¿no encontraremos en la plenitud del episcopado facultades para establecer y dispensar lo que en las presentes circunstancias de la Nación española pareciese mas del caso? ¿Los concilios provinciales han perdido los derechos que en otro tiempo han exercido? Pero ya veo que me dilato demasiado, y que abuso de su bondad. Yo espero que su bien cortada pluma satisfaga mas cumplidamente los deseos del señor Anti-curial, que son tambien los de su afectísimo servidor Q. S. M. B. J. A. C.

MADRID. IMPRENTA DE LA COMPAÑÍA  
POR SU REGENTE JUAN JOSE SEGUENZA Y VERA.  
AÑO 1813.